

## Las formas de participación y de movilización políticas en la construcción de la democracia en Europa entre 1640 y 1933

ALEJANDRA DOTI\*

¿Hay un sentido de la democracia o hay varios? Sin duda, la historia ha ido conformando este concepto multívoco. En este trabajo, se pretende abordar cuatro perspectivas o contribuciones historiográficas a la formación del ideal democrático, desde los modos que fueron adquiriendo la participación política y la movilización social. Ello a través de sus manifestaciones en Francia e Inglaterra durante el siglo XIX hasta las alemanas de principio del siglo XX.

En este recorrido sobre la construcción de lo democrático hasta 1933 trataré de abordar las improntas dejadas por la Revolución Francesa, sus militantes y sus experiencias cotidianas, a través de la visión de Vovelle.<sup>1</sup> Impronta centrada en el valor de la participación en una “comunidad de iguales” expresado a través de las “mentalidades colectivas” que dejaron huella en el imaginario democrático. Luego, introduciré el tema de la presión de la representación del pueblo (creación inglesa) a través del texto de Morgan.<sup>2</sup> Finalmente con Agulhon,<sup>3</sup> se intentará sistematizar la *mentalidad* como algo distinto a la ideología, pudiendo adentrarnos en las formas de participación política no institucionalizadas, que pasan por la *sociabilidad* como los protopartidos y los periódicos en la vida

\* Abogada (UBA); profesora de Teoría del Estado de la Facultad de Derecho de la UBA. Docente de posgrado en la materia “Garantías constitucionales, Justicia y Derecho Penal en la Ciudad Autónoma de Buenos Aires”.

<sup>1</sup> VOVELLE, Michel, *La mentalidad revolucionaria*, Barcelona, Crítica, 1989 (Caps. 4, 6 y 7).

<sup>2</sup> MORGAN, Edmund S., *La invención del pueblo. El surgimiento de la soberanía popular en Inglaterra y los Estados Unidos*, Buenos Aires, Siglo XXI Editores, 2006 (Caps. 2, 3 y 4).

<sup>3</sup> AGULHON, Maurice, *1848 ou l'apprentissage de la république, 1848-1852*, Paris, Du Seuil, 1973 (traducción), Cap. I.

social francesa; para terminar este recorrido con Schorske<sup>4</sup> y Mosse<sup>5</sup> y las formas de *participación movilizada* o a través de manifestaciones nacionalistas en Alemania, todas prácticas que nutrieron la democracia ideada y practicada. En este marco servirán los aportes de Rosanvallon<sup>6</sup> a la idea de *nación*, en su versión francesa diferenciándola de otra posterior más romántica. Así se hará hincapié en que *el número y la razón* son inseparables en la matriz política francesa y éste es su conflicto.

En Inglaterra, en cambio, se analizará según Morgan que el *pueblo* crea el marco pero no se espera que actúe. Es más bien una entelequia en un ambiente sin gente en la calle. Por eso las llamadas revoluciones inglesas quedan en un lugar más ambiguo, y la realidad se halla mediada por los *discursos o ficciones* que pretenden generar credibilidad. La realidad y las ficciones, entonces, tratan de adecuarse mutuamente y ahí nace el proceso de representación. Hay en el autor un convencimiento lógico acerca de que los cambios en las ideas no se dan sólo por influencia de la realidad, sino por una dinámica dentro de las propias ideas.

Además, hay dos pensamientos fuertes en Morgan: el carácter *abstracto* y no empírico del Pueblo, y por el otro lado su función *limitante* y no institucionalizadora. La percepción fundante es una idea acerca de que gobernantes y gobernados son lo mismo, porque el representante también es súbdito.

En Mosse y Schorske podremos encontrar un modernismo alemán reaccionario que incluye a más individuos, y deviene en más participación política. El puntapié lo da la crisis del parlamento como lugar de representación. Esa ampliación se realiza en las fiestas y los rituales de masas. La movilización de las masas se asienta sobre la creencia en una unidad popular y nacional, y en un culto a la comunidad orgánica (en sus necesarias interdependencias). La lucha es contra lo atomizante de las formas de representación y participación liberales.

<sup>4</sup> SCHORSKE, Carl E., *Viena Fin de siècle. Política y cultura*, Barcelona, GG Arte, 1981 (*Política en un nuevo tono: un trío austriaco*).

<sup>5</sup> MOSSE, George L., *La nacionalización de las masas. Simbolismo político y movimientos de masas desde las guerras napoleónicas al Tercer Reich*, 1975, Madrid, Marcial Pons Historia, 2005 (Caps. 1, 6 y 7).

<sup>6</sup> ROSANVALLON, Pierre, *La consagración del ciudadano. Historia del sufragio universal en Francia, México*, Instituto Mora, 1999, Primera parte, Cap. III (*El número y la razón*).

## MICHEL VOVELLE Y “LA MENTALIDAD REVOLUCIONARIA”

El tema de la mentalidad revolucionaria en Francia, para este autor, se inscribe en una historia de las mentalidades, no ya como prisioneras de larga duración, sino como acontecimiento fundador. En este caso, la revolución como instancia de creatividad en el dominio de lo mental. Asimismo, la “mentalidad colectiva” no se reduce sólo al mito, a un clima común, a un espíritu colectivo o interclasista de la época. La revolución constituye un momento de tensión y de oposiciones de clase. Vovelle revaloriza la cultura popular, el tema de las multitudes, no tanto como masas que se mueven por inercia casi mágica o tradiciones milenarias. Hay algo más.

Vovelle parte de la noción de que las mentalidades son estructuras sociales, que son a su vez expresión de la cultura (abarcativas de las sensibilidades y de toda expresión de la vida cotidiana, una especie de ideología vista desde las vidas privadas, que sin duda crean imaginarios sociales). Lo que se articula son las *ideas* o valores, los *discursos*, las *actitudes* y las *prácticas* sociales para dar lugar a la construcción cultural y política de lo democrático.

En el texto citado se rescata la capacidad creativa e innovadora, centrada en la generación vívida de valores y de lenguajes nuevos, “al calor” del movimiento revolucionario. Así el autor valoriza particularmente la historia literaria, los orígenes intelectuales de la Revolución Francesa, en este sentido tomada como una auténtica “revolución cultural”. Quedan en un segundo plano las explicaciones sobre las causas primeras de la revolución, o sobre los condicionamientos demográficos y económicos, muchas veces de tinte mecanicista. Las sensibilidades colectivas forman parte de las ideologías. Por eso hay herencias recibidas, pero también valores innovados propios, como reelaboraciones antiguas.

Luego, existe una mentalidad difusa pero activa (“pueblo”) moldeada desde los intelectuales. Esto pone en cuestión que la política sea simplemente expresión de la sociedad, debiéndose captar la *espontaneidad revolucionaria de las masas* en estado naciente, desechando las explicaciones que vinculan excluyentemente a la misma con la marginalidad, lo irracional o lo instintivo.

La manipulación por los cabecillas pierde entidad como explicación unicista de la Revolución Francesa, cuando observamos que hay ideas motrices adquiridas, o sea que preexisten elementos de las mentalidades colectivas antecedentes. Las prácticas colectivas (en el espacio común de los cultivos y de los trabajos diarios compartidos) son poderosamente movilizadoras, explica Vovelle: la misa, la taberna, la feria semanal. En fin, el juntarse y divertirse. Las muchedumbres se explican por lo repetitivo y lo regular. Ese contacto ciudad-campo resulta en un contagio de ideas. La *masa* presenta entonces una aparente atomización. Analizando la turbulencia y los levantamientos se observa el dominio de la espontaneidad, luego parece sobrevenir una conciencia política más afirmada. También, a medida que se estudie, se verá su composición básica: pequeños burgueses, artesanos, tenderos, comerciantes, dependientes, asalariados, etcétera –*sans-culottes*– (que se aleja del preconcepto de protagonistas de la toma de la Bastilla pauperizados).

Hay sin duda un pasaje en la Revolución: de la muchedumbre espontánea y desorganizada de un principio, a los movimientos seccionales urbanos. Hay un sentido nuevo que le dan esos cabecillas urbanos más cultos: el mensaje es que el absolutismo tiene la culpa del hambre, hambre naturalizado hasta el momento. El reclamo social es tomado por algunos para darle un sentido político.

En este contexto, la mentalidad revolucionaria parece pulsionarse a partir del miedo pero también de la esperanza que los *discursos* introducen. Aquí se mezclan las prácticas con los discursos que enmarcan consignas y fines. Panorámicamente no sólo están los discursos sino también los gestos y actitudes. El militante o héroe revolucionario aparece en un nuevo sistema de valores vividos y soñados, los sentimientos colectivos y las aspiraciones de las masas, la idea de la felicidad ahora está en las prácticas de los *sans-culottes* parisienses.

Pueblo es el patriota y el ciudadano, pero, poco a poco, este concepto se corre hacia la asimilación al “antiaristócrata”. Se sustituye el vínculo paternalista de la política para pasar a la relación fraternal (la escarapela o el sombrero, el vestido o el tuteo como símbolos del igualitarismo y del fin de los privilegios). Se construye un nuevo concepto de “Pueblo”: *la parte activa y en lucha*. El catecismo revolucionario ha hecho su trabajo en la búsqueda de idearios unánimes, el súbdito ha pasado a ser un

individuo. Se advierte aquí las contradicciones entre el ideario libertario nivelador revolucionario y el iluminismo de pocos, contradicción que se hunde hasta nuestros días. Esa aspiración igualitaria resulta en un continuo hasta hoy. El nuevo hombre producto de la revolución es el *militante*, que invade las asambleas electorales, por momentos en una movilización intensa, en un proceso de politización y aculturación.

El autor, entonces, aborda el estudio de las manifestaciones de esa mentalidad revolucionaria: el miedo y su transformación política en el mito del complot; la muchedumbre urbana, provincial y campesina; la violencia en su proceso de mutación desde la explosión espontánea hasta las formas institucionalizadas revolucionarias, a través de un proceso de creciente organización y teorización por parte de un movimiento *sans-culotte* gradualmente politizado, que llega a justificar la violencia en términos de necesidad histórica y de defensa legítima de la revolución. En el estudio de las formas de la sociabilidad revolucionaria, de las fiestas religiosas, de la vida cotidiana y las costumbres, el autor establece los elementos novedosos que la revolución crea al lado de las supervivencias antiguas: la fiesta con sus escenarios, sus imágenes, sus discursos y su música, como expresión de un nuevo ideal de la sociedad y del mundo, en un proceso de mutación que examina parándose en el medio de la revolución. La religiosidad revolucionaria se manifiesta en un movimiento descristianizador de fuerte arraigo popular, en el carnaval y en el culto a la Diosa-Razón como en los cultos oficiales a los mártires; germinan nuevos valores del compromiso político, como la fraternidad y la felicidad. No se dejan de advertir tampoco, como decíamos, las contradicciones como hecho revolucionario. Hay entonces también un tiempo corto de la revolución y la emergencia de un sentido contrarrevolucionario.

Se recurre de este modo a fuentes tales como declaraciones, proclamas, prensa, hojas sueltas, afiches, la música (canciones revolucionarias e himnos adaptados del canto gregoriano). El análisis de los contenidos simbólicos (escarapela, gorro frigio entre los grupos populares) permite al autor establecer las formas y la evolución de los sentimientos de comunidad y la transición de las nociones tales como la de "pueblo". Desde el "buen pueblo" de la concepción del Antiguo Régimen se evoluciona hacia la idea nueva de fraternidad igualitaria y culmina en la acepción

restrictiva del mismo, por oposición a los poderosos. El abordaje de Vovelle incorpora a la historia de las mentalidades la dimensión económica, social y demográfica sin incurrir en reduccionismos simplificadores, ni en determinismos mecanicistas, ni en el facilismo de que la miseria fue el único motor del comportamiento de las masas. Aquí se analizan matices.

Desde esta perspectiva la Revolución Francesa sigue recitándose y muestra el grado de identificación de las personas con el pasado. Aunque siguen sin resolverse cuestiones que en 1789 se evidenciaron, lo cierto es que constituyó un fenómeno expansivo en la construcción del término *Democracia*, que pudieron tomar los liberales y nacionalistas primero, y los movimientos obreros después, en tanto sus lemas aún no han sido cumplidos, y permite así rastrear lo inacabado del sistema democrático a través de sus promesas incumplidas. Lo original de este planteamiento nos lleva a ver que su protagonista fue una “elite cultural” y no la burguesía. Y que la religión fue determinante para la Revolución en tanto divisora del pensamiento.

Debemos concluir que la *movilización de masas se inscribe en prácticas del pasado, reformuladas en los hechos iniciáticos de un nuevo estado de cosas político*. La política se apropia de espacios ya dados por las prácticas sociales, reinventándolos. Hay un encuentro o síntesis entre la ideología de las Luces y las aspiraciones ambiguas de los *sans-culottes*, ahí nace una mentalidad nueva, aunque es efímera. La impronta la dan los sueños e ideas motrices movilizadoros. La revolución se hace desde personajes intermediarios de la cultura, que transmiten y formalizan consignas surgidas de la pequeña burguesía (insertos en la cultura de las elites pero también con contacto con los grupos populares). El actor social ha pasado a ser actor político. De la sociedad civil se desplaza a la sociedad política. De individuo a ciudadano. De ahí que el pueblo comience a visualizarse como *protagonista activo de la vida política*.

En este análisis vovelliano se trata de observar lo político como producto de una mentalidad: y ella como articulación entre ideas, discursos y prácticas de los actores sociales intermedios, resaltándose que las prácticas colectivas son poderosamente movilizadoras. Este imaginario político subsiste hasta nuestros días en el ideal democrático de ampliación de la participación. En este artículo, se pretende ver la articulación entre

el campo de lo social y de las *prácticas masivas* en lo que tienen de repetitivo, los *discursos* acerca del *pueblo* y los *activistas* (*sans-culottes*: minoría activa popular y muy politizada en secciones, representada principalmente por artesanos). En este camino lo político se afirma con cierta autonomía relativa de lo social.

Lo indeterminado de los sentimientos marca el camino de las masas, y son esas partes de la sociedad a las que el autor le interesa mirar. Confirma que la historia es siempre contingencia. El legado de la Revolución es para Vovelle las masas como actor social, que no siempre coincide con el actor político, y no resultan algo homogéneo. La mentalidad implica que lo material y lo simbólico se retroalimentan, decantan ideas y luego moldean prácticas y viceversa. La conclusión, *es posible una comunidad de iguales a partir del imaginario de la revolución.*

### ¿QUÉ ES EL PUEBLO EN EL TEXTO DE MORGAN?

El segundo de los autores elegidos, Morgan, al describir el mundo de las revoluciones inglesas, parte del interrogante acerca de por qué obedecen las mayorías. Valoriza en esta línea la fuerza de la opinión sobre la de la violencia desnuda. De ahí que hay ideas o *ficciones* que son aceptadas en política casi como actos de fe y que constituyen creencias. Hasta el silencio como consentimiento tácito, pasa a tener el mérito de la dignidad de la opinión. Estas ficciones crean *la realidad o trama de la sociedad pero también son creadas por ella*, de modo que hay un doble juego de relación e influencia.

Las llamadas Revoluciones inglesas del Siglo XVII se asocian a la idea de limitación del poder. Así, los desafíos desencadenados hacia la figura del rey, requirieron de una nueva ficción, reemplazante de la clásica derivada del *derecho divino de la monarquía*. Ese reemplazo de ficción va de la idea de los hombres como desiguales a los hombres como seres iguales. Los valores humanos y la autoridad política son sostenidos por las *ficciones*, que no dependen únicamente del gobierno de turno.

Las dos causas históricas (impositivas y religiosas), que parecen haber motivado la invención de la idea de *representación popular* –como nueva ficción legitimante del poder–, no deben ensombrecer la percepción de los cambios de lenguaje y discurso de la época. Los funcionarios públicos

ahora obtenían su autoridad del pueblo y por ello eran sólo responsables ante él por sus actos en funciones, y no ante la autoridad que los había nombrado (monarca). Dios-Rey- Pueblo pasa a Dios-Pueblo-Rey. En este sentido el pueblo asume el *control* en el cumplimiento de la voluntad de Dios por parte del gobierno.

La encarnación del pueblo en el cuerpo del rey es sustituida por la representación de la nación en los cuerpos intermedios. En verdad, los ingleses estaban más preocupados por la salvaguardia de las libertades individuales frente a la autoridad gubernamental, y por eso no se plantean ni es un problema para ellos el dilema democrático de la ampliación del sufragio universal, o el ejercicio de la mayoría como “pueblo real”.

La base expresada en el consentimiento popular a la coronación como acto contractual, cambia en este proceso de énfasis, no tanto en procura de ampliar el poder del pueblo sino de los representantes del pueblo y recategorizarlos como tales.

La nueva ficción política quedó constituida con la consideración de que el pueblo es poder definidor y limitador de un gobierno, y como ficción no resultaba revisable ni demostrable empíricamente, sino más bien un acto de creencia o fe.

De la imposibilidad de reunión del pueblo en su totalidad derivaba la necesidad de la representación, pero dejaba al pueblo el poder constituyente (transferidor de soberanía al Parlamento). El pueblo verdadero (el que se hace oír) constituye la mayor razón y ésta debe primar sobre el mayor número de voces (temida como turba ignorante, inmanejable y manipulable) dividiendo por ende al campo político.

El logro revolucionario consistió en que el Parlamente fundó su autoridad en su papel de representante del “pueblo”, sin importar si ese pueblo es una fracción. Esta noción resultó tanto limitante para la mayoría como para el Parlamento, en tanto sólo podían entenderse en su relación receptiva con el pueblo real. Implicó asimismo cierta transacción entre el Parlamento y la Monarquía, y el primero pasó a ser el pueblo, a ser lo mismo que él por vía de la legitimidad de la infalibilidad del bien común. En síntesis, este traspaso gradual concibió al *pueblo* tanto como conjunto de súbditos concretos, como ficción de soberanía.



Me parece que, desde esta perspectiva, la construcción inglesa novedosa de *la representación*, se asienta sobre la idea en proceso acerca de la infalibilidad del poder. Y por otro lado en que el lugar del pueblo es el Parlamento, y allí la gente valida y legitima una ficción nueva. Esta validación se da a través de lo que la gente habla, sus discursos, las arengas y panfletos de la época, que resultan fuertemente motivadores de esta creencia naciente. La cuestión religiosa incentiva también, en el contexto histórico inglés, esta tendencia desde que el puritanismo promueve la organización libre de sectas sin dependencia del Papa.

Cuando el Parlamento hacia 1642 elimina la censura, la libertad religiosa provoca una explosión de grupos de puritanos, los panfletos vuelan y la efervescencia de la opinión crea un estado de movilización. Los *levelers* o igualadores (niveladores) agitan con su prédica a la gente. Es un pueblo real que empieza a hacerse oír, a movilizarse, dejando de ser simplemente el pueblo imaginado. Sin encontrarnos ante un hecho revolucionario de fecha cierta, la historia inglesa se desliza y son sus ideas intermedias las que evolucionan modulando –sin un corte abrupto con la ficción monárquica y divina– una concepción acerca de la representación y la participación políticas. El cambio de ficción no modifica abruptamente aquí las prácticas, y ésta es la diferencia con la tradición francesa en que el representante no cobra importancia por su conexión con la tierra, sino con la Nación en su conjunto.

También es interesante ver que el representante inglés nace de la persona destacada del lugar, que resume el espíritu local, de modo que su base es material, y por eso es representante de “algo concreto”, de la tierra como un fragmento de la sociedad, como sustrato de la comunidad. De ahí se pasa a la idea de arraigo o afincamiento como base de la representación en definitiva de todos.

El pueblo comienza a actuar en la emisión de opinión. Paralelamente es el ejército el que expresa su voz en los primeros momentos. Este ejército está formado por gente pareja, que toma conciencia, discute, y tiene la fuerza, pero es ahí donde se introduce la diversidad de opiniones creando un marco de posibilidad de la pluralidad. En ese punto el pueblo deja de ser un receptor pasivo, aunque lo hace en ámbitos reducidos sin tomar las calles. No es entonces un pueblo que actúa directamente como el francés, sino un pueblo que *limita los poderes*, es un contrapeso. Morgan

## LAS FORMAS DE PARTICIPACIÓN Y DE MOVILIZACIÓN POLÍTICAS EN LA CONSTRUCCIÓN DE LA DEMOCRACIA EN EUROPA ENTRE 1640 Y 1933

ALEJANDRA DOTI

habla de discursos o ficciones “evidentes” por sí que se imponen por decantación, postula al mismo tiempo que los cambios superestructurales en las ideas no sólo se motivan en la realidad sino en la propia dinámica de la circulación de ideas.<sup>7</sup>

Finalmente, se nos presenta claramente que este proceso de transacción inglesa de dar a la mayoría cierto control sobre el gobierno, produce una reconciliación con la minoría; a su vez, sirvió de justificación a la autoridad.

La percepción fundante parece ser la de que hay una idea de que gobernantes y gobernados son lo mismo, porque el representante también es súbdito cuando paga sus impuestos, y que el pueblo-parlamento aprue-

<sup>7</sup> ROSANVALLON, *La consagración del ciudadano. Historia del sufragio universal en Francia* cit. El autor, haciendo primar el rol de la filosofía de las ideas en el juego de la representación, expresa que se hace necesario diferenciar esta construcción de la representación política inglesa con lo acontecido en Francia. Para entender ello, tangencialmente podremos recurrir a Rosanvallon, cuando afirma con relación a la tensión entre el número y la razón, que el hecho revolucionario francés se distanció de lo acontecido en Inglaterra, puesto que la imagen de la nación se hallaba fuertemente implantada en la representación colectiva, y la acción centralizadora de la monarquía contribuyó a reforzarla. El autor, siguiendo a Sieyès, alude a la realidad de la nación, tratando de ubicar a la *razón* como organizadora del combate entre la libertad y la igualdad, contra la arbitrariedad y proceso de los privilegios corporativos. Por eso la nación es soberana y única; y la elaboración de una Constitución despersonalizada –como declaración de derechos– garantizará la libertad y la igualdad de los ciudadanos y, más ampliamente, la plenitud de los derechos naturales. La democracia directa debe evitarse por su acción desordenante y paralizante. Esta burocratización va acompañado por el desarrollo del Iluminismo, como filosofía de la libertad, y allí se halla el germen de una reacción aristocrática al cambio revolucionario. Es decir el despotismo ilustrado y el liberalismo se relacionan ambiguamente, dando un *mix* contradictorio. En este contexto, el Parlamento o las intermediaciones no son fuente de protección ciudadana; los procedimientos representativos son sinónimo de intereses particulares. Ergo, los hoy llamados intelectuales y los escritores emergen como los únicos portavoces de la razón y la evidencia. El camino hacia el elitismo resulta ineludible, fundado ahora en la razón y no ya en el nacimiento, el poder o el dinero. Por eso la preocupación francesa aquí no es tanto la institucionalización nacional como la construcción de la nación mediante un acto social y una transformación psicológica, que el hombre no requiera de coacciones externas para querer por la Nación. De este modo la tensión entre el número y la razón, es entre liberalismo y democracia, y entre lo individual y lo colectivo, ya que la *voluntad de todos* no liga con la *igualdad de las voluntades*, y el problema es su articulación. La voluntad general no es la igualdad de voluntades ni tampoco su suma.

ba o no las políticas del rey, no crea las decisiones. Del representante se pasó al gobierno representativo, en una ficción que acerca a los extremos, y esboza a una clase gobernante, o sociedad política, conllevando una evolución modernizante. Es en definitiva una *ficción* que descomprime la tensión siempre existente entre gobernantes y gobernados, o entre los intereses generales y los particulares; es un cambio de énfasis sin ruptura absoluta, puesto que se cree en el Parlamento como representante del pueblo. Este principio halla hasta nuestros días expresión en los textos constitucionales, cuando se dice que el pueblo no delibera ni gobierna sino a través de sus representantes, los que serán entonces siempre una *fracción*.

#### MAURICE AGULHON Y LA PREGUNTA ACERCA DE CÓMO SE CONSTRUYE “LA MENTALIDAD REPUBLICANA” EN 1848 EN FRANCIA

En vísperas de la revolución de 1848, varios son los factores analizados por el autor para construir lo que denomina “la mentalidad republicana” en Francia. Los mismos se hallan relacionados con la historia, los monumentos, los temas sociales en debate en la época, y los lugares de sociabilidad en general (las fiestas, los esparcimientos, etc.). Asimismo, la aparición del partido republicano, como un embrión de partido moderno, coayuda a la conformación de la misma. En una segunda etapa, entre 1849 y 1851, restaurada la República en Francia, la democracia logra institucionalizarse.

El contexto político es el de los vaivenes institucionales de Francia después de la Revolución de 1789, exitosa en las ideas pero inestable en lo político, con esquemas gubernamentales de breve duración, oscilando entre la monarquía restaurada, el imperio y la república (I y II en el período analizado). Estas oscilaciones, sin embargo, dejan a salvo siempre el hecho de la abolición de la monarquía absoluta como legado permanente de la Revolución Francesa. Luis Felipe de Orleans, coronado por los sectores liberales moderados, se establece como un monarca constitucional, limitado por la asamblea, en 1830, y es ésta monarquía la que preparó el camino hacia la República.<sup>8</sup>

<sup>8</sup> CHATELET, F., O. DUHAMEL y E. PISIER-KOUCHNER, *Historia del pensamiento político*, Tecnos, 1982.

El acontecimiento central del texto es la restauración de la república en 1848 y el período enfocado por Agulhon tiene que ver con la formación de una mentalidad republicana que acompaña el ascenso primero de la burguesía y luego de las masas populares como actores políticos dominantes. Se trata de una mentalidad anónima, colectiva, despersonalizada, nacional, que plasma el orgullo nacional de 1789, el de la restauración de la República del año II de 1792, y en definitiva de la democracia (hasta ahí asociada al terror y la guillotina).

Ese camino allí iniciado, que busca adeptos, durante la Restauración monárquica y el Orleanismo, construye el republicanismo de la Revolución de 1848. Hay que buscar los embriones atrás del acontecimiento. La participación en la política municipal fue un lugar de crecimiento de estas ideas, cristalizada también en el lugar informal de las asociaciones, las logias, los círculos como lugares de intercambio entre librepensadores y burgueses republicanistas (veteranos de la Revolución).

Sin la literatura histórica no hubiera comenzado a nacer una mentalidad que ahora valoraba a la república, asociando a Robespierre y las convicciones socialistas, y que la alejaba de la dictadura. Igual contribución advierte Agulhon a la asociación entre Revolución y República que nace del uso de las alegorías, del tipo de la "Marsellesa", desvinculándola de la imagen guerrera. Y aun cuando las tres casas reales: los Borbones, Bonaparte y los Orleáns se distanciaban en su práctica de un régimen revolucionario para volverse más conservadores, lo cierto es que ninguna teoría filosófica alentaba la vuelta atrás.

La sociedad contemporánea a la Revolución de 1848 se distingue porque además de los ideales liberales ponía el acento en los temas de la cuestión social. Es en esa década cuando surge el problema del obrero, y se revelan al público, por obra de los opositores y de las doctrinas filosóficas, humanitarias o cristianas (los socialistas utópicos). Así de las doctrinas solidarias, pasan a la prensa y la literatura, para terminar en la huelga.

Esta evolución va acompañada de otro problema –el campesino–, con menor prensa pero igual incidencia en los cambios de mentalidad aquí analizados. La subsistencia de grandes latifundios y proletarios del cam-

po –aun abolido el feudalismo– alentó un malestar más difuso pero que aparece en alguna literatura política.

El nacimiento de la mentalidad republicana también se promueve desde la idea romántica acerca de la fuerza nueva y sana que muestra el pueblo, humanismo que se expande a través de la poesía, el folklore musical, la extensión de las asociaciones obreras, el hábito de leer el diario, la alfabetización primaria, y en definitiva el acercamiento de las masas a la cultura. La necesidad de extensión del sufragio (evitando restricciones fundadas en el patrimonio) surge como consecuencia ineludible.

La evolución tampoco es lineal: recién después de 1848 puede hablarse de convergencias, no de unanimidades entre republicanismos, socialismo y romanticismo. Sí parece hegemónica la idea adversa al autoritarismo y la acentuación del movimiento liberal.

El democratismo político resulta, a los ojos del autor, conquistas nacidas difusamente durante el reinado de Luis Felipe, cuyo liberalismo moderado no halla el eco de las posiciones radicales, pero que en la práctica significó el establecimiento de la Guardia Nacional y de los consejeros municipales, como fin de la pasividad política. Logros todos madurados en 1848.

Si bien no puede hablarse de la conformación por esos años de un partido republicano, como hoy lo entendemos –estable en el tiempo y superador de la mera suma de conciencias individuales–, lo cierto es que la influencia de los diputados llamados radicales se hizo sentir en su nacimiento, al extremar las ideas del liberalismo político, no así del económico. Eran más que nada notables locales, abogados o financistas.

Las salas de redacción de los periódicos, como lugar de encuentro y discusión, fueron el embrión también de los comités del siglo posterior. Dos diarios se disputaban por la época el mote de prensa republicana, *El Nacional* era más liberal sentimental que socialista y por ello más proclive a las reformas políticas moderadas aun en alianza con los liberales dinásticos. *La Reforma* extremaba las reivindicaciones de los trabajadores por lo que se acercaba al socialismo. Igualmente, estas diferencias –más de dosis– no impedían que los políticos republicanos se acercaran a uno y otro, y tuvieran una acción colectiva organizadora, más central que

dispersa con relación a otras manifestaciones de la sociedad. Con los años, la prensa ecléctica republicana comenzó a competir con la comunista y socialista, sobre todo en París, esta última con menos compromiso hacia la república como régimen político.

Por último, las asociaciones habían pasado alternativamente de la ilegalidad, a la actividad, y fueron perseguidas y reducidas a la clandestinidad en este temor francés a lo corporativo. Su vida pasó por lo secreto, el mutualismo, los círculos, la masonería, que no tenían fines políticos pero que sin quererlo promovían la sociabilidad racionalista y liberal.

Aquí se vuelve, como en Vovelle, a centrar la atención sobre las mentalidades, o sea lo que resuena en las ideas, valores, actitudes. Importa lo que mueve a la gente a actuar, valorando de este modo los impulsos sociales. Se trata de ver el pasado, conociendo el historiador desde el presente cuáles fueron los acontecimientos subsiguientes al hecho revolucionario. Por eso esta perspectiva indaga en lo paradójal de la República y la Revolución que retardan la efectivización del sufragio universal, legislado recién en 1889 en Francia, por miedo al triunfo de las posiciones monárquicas.

Lo cierto es que el uso de la historia, y en especial de los *monumentos*, es rescatado aquí como los lugares materiales donde se construye la historia o la mentalidad (la Bastilla, las columnas parisinas, etc.). Desde esta perspectiva, podemos observar cómo el Estado tiene infinidad de recursos para construir la memoria: los billetes, las canciones patrias, las banderas, etcétera... Aunque las intencionalidades finalmente no coincidan con los resultados. Éstos constituyen discursos visuales o icónicos, símbolos y en definitiva otros modos que adopta la ideología. Esos símbolos se imprimieron en las mentalidades que finalmente fortalecieron a la República, con un tono heroicista atribuido a la Revolución Francesa.

La conclusión parece ser que la *República* resulta un continuo que va desde un contenido más liberal a uno menos liberal, uno más emparentado con los derechos y otro de mayor compromiso activo con el ciudadano y su participación. Los vaivenes de la historia monárquica y republicana francesa posteriores a 1789 demuestran estas dos puntas de la cuestión, pero ante todo ponen sobre el tapete la idea comunitaria

y más alejada del liberalismo: la de que no puede haber ciudadanos replegados sobre sí mismos.

La época estuvo signada por la puesta en la agenda estatal de la "cuestión social", frente al aumento de la población parisina, la migración del campo, el problema urbano, haciendo visible el tema de los pobres. Lo novedoso fue que los ciudadanos empezaron a pensar en *el pueblo*, asociándolo con los campesinos, en una inversión de la idea ilustrada de pueblo. Es decir apareció una *idea romántica*. Si bien no se puede en la época hablar de opinión pública extendida, lo cierto es que los diarios hicieron lo suyo, pero también esta esencia acerca del campo recorrió los cuentos y el folklore. Es decir, que fue una primera aparición de los valores nacionalistas, pero unido al republicanismo y al liberalismo, y más vinculado al arraigo que a la sangre.

De ahí que hacia 1871 comience a pensarse en la importancia de la educación de los campesinos para el sufragio, para contrarrestar los males de los gobiernos minoritarios, como herramienta y solución. Estas ideas republicanas se nutrieron de la tradición y del Romanticismo, y constituyeron algo parecido a un partido político (protopartido), alentado por las prohibiciones a las asociaciones políticas después de la Revolución. En general podían verse asociaciones filantrópicas progresistas y rituales, a donde llegan los temas de la política. Lo social vuelve a determinar a lo político. Es decir, que cuando las personas comienzan a salir de sus casas, a lugares semipúblicos como cafés, charlan, comen, comienza el espacio de los primeros partidos políticos incipientes, gente que se une por sus afinidades.

Por un lado, Agulhon visualiza a los notables del lugar que llegan a ser *diputados* y, por otro, a los *periódicos* como el lugar de la opinión. En esos círculos, redacciones, se comentan los diarios, que llegaban por correo o suscripción, y donde un nexo más personal va ganando uno a uno a los lectores. Éstos fueron embriones, sin estructuras todavía estables y extendidas como un partido político, que arraigaron en la sociedad construyendo el Partido Radical Republicano enfrentado a la derecha (o sea al aparato de la Iglesia).

El texto de Agulhon nos vincula con el tema del orgullo nacional y la literatura como suscitadora de la memoria colectiva, en el contexto

de la decadencia de las monarquías: Un clima intelectual que se mete por los intersticios sociales en un clima predominantemente humanitario y republicano.

Estas primeras formas de representación-participación política de las masas enseñaron sobre la herramienta más eficaz para influir en los votantes, o sea la comunicación boca a boca entre ellos: comunicación que desde entonces constituyó la más difícil de controlar para los gobernantes. Lo que ocurre en ese plano de la realidad tiene, entonces, una fuerza extraordinaria; la eficacia de todo mensaje político radica en que llegue al habla cotidiana de la gente y la persuada. Por eso resulta esencial a cualquier régimen el contralor de la prensa. Esta perspectiva del texto de Agulhon cobra actualidad cuando vemos su acentuación con la aparición de la herramienta de Internet, que posibilita que la gente multiplique la capacidad de comunicación horizontal y que los mensajes circulen con una fuerza inusual a través de espacios incontrolables para gobiernos y poderes.

La conclusión nos acerca a la afirmación de que si una autoridad es un poder validado culturalmente, toda sociedad fragmentada neutraliza las posibilidades de construcción de la autoridad, puesto que no fluye la consolidación de un imaginario colectivo o una mentalidad común.

## LA NACIONALIZACIÓN DE LAS MASAS EN MOSSE Y SCHORSKE

Estas dos últimas perspectivas nos llevan a la confirmación de que lo social se expresa en lo político. En la realidad alemana de fin del siglo XIX y principios del siglo XX, resultan ser los oprimidos y los enojados por la organización que estaban adquiriendo los obreros, los que producen las movilizaciones. No se trata de personas unidas por intereses de clase, al modo inglés, sino personas que reaccionan en oposición a "algo", son "antialgo", y los invade un sentimiento de exclusión. Después veremos que ese algo puede encarnarse "instrumentalmente" en la izquierda obrera, el judío, el antinacional, el liberalismo explotador, etcétera.

Lo cierto que en el artículo de Schorske se parte de la idea de que las *fantasías son movilizadoras* creando imaginarios, determinantes de los modos de participación. Esta línea halla consonancia con las descripciones



de Romanelli<sup>9</sup> acerca del caso italiano. Las coincidencias en la estructura social alemana e italiana radican en su conformación fuertemente jerárquica y corporativa. Es desde afuera, o sea desde el Estado, que se les dice a los individuos que deben votar, y por supuesto a quiénes. La iniciativa de participación se da desde arriba, ya no como en el caso francés o inglés, desde la iniciativa de la sociedad civil.

Siguiendo esta línea, en Mosse se asevera que las fantasías son moldeadas por las ideas, dando unidad, es decir, constituyendo identidades grupales. Son las ideas las que se filtran en las fantasías. Del mismo modo, como en Vovelle la idea de "Pueblo" o "Rey-padre" ejercía esa misma atracción y función.

Son aquí los *líderes nacionalistas y las masas* las que protagonizan y dan una vuelta de tuerca a la participación política a través de la movilización. En consonancia puede observarse cómo el urbanismo, la música, la pintura, la cultura del 1900, y aun la dimensión psicológica, crean el marco para tales expresiones de la política (impresionismo que da unidad de sentido a las partes, y que crea la pintura en los espacios al aire libre). Ahora la política trata de crear *fantasías* en los seguidores.

Schorske describe a tres líderes políticos alemanes importantes de fin del siglo XIX, dolidos por la crisis de representación del liberalismo parlamentario racional, de lo que se sigue una asociación entre irracionalismo y pesimismo. Ellos son por un lado *Georg von Schönerer* y su propuesta de pangermanismo como contestación a la exclusión austriaca de Alemania. *Karl Lueger* y el socialismo cristiano, y por último, *Theodor Herzl* y el sionismo. Todos representan en algún lugar la búsqueda de una unicidad, la fuerza de las autonomías frente al liberalismo al que tachan de desintegrador y excluyente. El diagnóstico del autor dio por resultado el nacimiento de movimientos de masa. En una propuesta que se inclina por la sensibilidad y que desde los conductores políticos de masas provocan rebeliones culturales. Lo que está en juego según el autor es el paso de la sociedad tradicional a la moderna, y una cierta asincronía en este pasaje, que queda a dos aguas.

<sup>9</sup> ROMANELLI, Raffaele, "Le regole del gioco. Note sull'impianto del sistema elettorale in Italia (1848-1895)", en *Notabili, Elettori, Elezioni, Quaderni Storici*, nuova Serie, 69, dic. 1988 (trad.).

El autor va detallando la vida de cada uno de estos líderes alemanes. De Schönerer dice que es un nacionalista que fusiona ciertas antinomias. Como hijo de un profesional integrado a la industria de los servicios, las fábricas de locomotoras, conforma un sector social que adquiriría títulos nobiliarios por servicios prestados, no por dinastía. Así forma parte de una sociedad que integra a las tradicionales aristocracias terratenientes agrícolas al capitalismo. El autor vincula que desde la indiferencia liberal capitalista al problema de las nacionalidades, se pasa al descontento en un clima de agresividad inhibida y de ahí a la aparición del demagogo. Se relaciona así por un lado al sionismo (asociado con el dinero y la prensa) como enfrentado a la aristocracia, al Pueblo y al líder antiliberal en un solo bloque.

En este marco, la Nación ocupa el lugar de la antigua aristocracia, y el enemigo es un elemento negativo que otorga coherencia al discurso. Comienza así a darse la agitación de palabras y de acciones, con prácticas parlamentarias amenazantes. La paranoia difamante también cumple en este caso un rol, descuidando si se quiere la cultura estética de la política, pero creando famas difíciles de destruir del imaginario social. Este discurso atraía a airados y románticos, con lealtades todavía seudofeudales, en una coalición entre aristocracia y masas.

Por el otro lado, Lueger, también desde la crítica social demócrata al liberalismo, opera de modo semejante. Vemos cómo esa construcción del enemigo *moviliza* y resulta en una práctica más extraparlamentaria de la política. Se resalta que la política es más magia que razón ahora. Paulatinamente los enemigos del liberalismo se van aglutinando, son todos aquellos que respetan las tradiciones y presentan cierta sensación de superioridad social. Son movimientos que aglutinan a resentidos y decadentes con añoranzas del pasado y sin adaptación a las nuevas realidades. Pero también une a los reformistas sociales anticapitalistas. Se dice entonces que el nacionalismo nació en la transición entre tradición y modernidad.

Finalmente, se alude en el texto al último líder, Herzl, quien pone el acento en la utopía y la fantasía creativa de los sueños. Se observa desde su historia personal que en su desesperación por lo estético se identifica con el judaísmo ilustrado, cosmopolita y humanista, que cree en el mérito del intelecto. Así aparece la explicación de que los movimientos sociales

se dan por la aparición de las actividades económicas nuevas, de la industrialización que desplaza la producción artesanal. Horrorizado, como corresponsal de un periódico en París, por la decadencia liberal, le teme a la fragmentación de intereses por su ausencia de coherencia general, observando a su vez la fascinación que despiertan los soberanos salvadores, carismáticos y antirrepublicanos.

Los tres líderes de movimientos de masas, comprenden que la masa es sugestionable y voluble, y que en ello radica la eficacia de la demagogia mágica que emprenden. Se inclinan por la persuasión no racional, la de los gestos grandiosos. Entienden que los símbolos son energías psíquicas que operan como motores de la historia. Y que la Nación es el vehículo de la organización de la energía grupal. Es posible la manipulación popular porque la gente necesita creer, por ende no hay que temerles. Lo comunitario y la revitalización del pasado se hallan presentes en los tres autores a través del valor dado a las tribus germanas, al catolicismo medieval o al Reino de Israel, resultando una ideología finalmente desintegrante.

En este clima, lo cierto es que poco a poco, más gente se va incluyendo en la política, porque se aflojan los requisitos para ser ciudadano, y como dice Romanelli, "el ciudadano se va haciendo".<sup>10</sup> Si bien la iniciativa se

<sup>10</sup> Romanelli, obra citada: "En Romanelli aparece esta meta italiana post unificación, la de hacer a los ciudadanos italianos, es así de construible lo político, que hay que imponer la lengua italiana por encima de los dialectos. El estado italiano es un estado precario que comparte su lugar hasta con la mafia, pero que hacia 1860 necesita algo más, hace falta poder decir que se representa a la voluntad popular. Se avanza así en la participación política pero sin movilización, desde arriba. Realistamente Romanelli advierte acerca de que la representación está fuertemente mediada, y adquiere formas espurias. El pueblo es una invención para algo [...] Si cada nación tiene un espíritu según la vertiente alemana, y decantadas las mismas puede construirse una constitución que lo interprete, al modo alberdiano, *todo es invención*, nada está dado. La representación es una abstracción *para* una función. El fraude forma parte de una práctica para que una elite se recicle en el poder. Como no es una sociedad de individuos sino de cuerpos, como toda sociedad heterogénea necesita que el gobierno trate a todos como si fueran iguales, de tal modo las exclusiones siempre son naturalidades históricas. La política no va a alterar esto ni nadie lo piensa, las elecciones se constituyen en la bisagra entre la SOC y el E. La corrupción permite articular ambos. El fraude inventa el resultado y la corrupción mediante el soborno a votantes, permite a pesar de todo una evolución hacia una mayor participación de la gente. Esas evoluciones se advierten en el cambio del lugar de emisión del voto: del atrio

da desde arriba, no desde las bases sociales, se produce un fenómeno parecido al del caso italiano, donde los propios notables tradicionales abren el juego a la ampliación de la base electoral, casi por contagio o copia de lo ocurrido en otras partes de Europa. Innegablemente la gente se va interesando más en la política. Es cierto que los mecanismos liberales se han visto desbordados por la participación, y ya no resultan eficaces. De ahí el nacimiento del llamado “tono sostenido”: una práctica política originada en la participación ampliada, de gente sin educación ni práctica política anterior, grandilocuente en sus discursos exaltados, que cree en los gestos escénicos y en los lemas identitarios.

Nace una nueva práctica parlamentaria, la de interrumpir, hacer ruido, agredir verbalmente, patotear, como modos habituales de la política práctica. El lugar de la política deja de ser el Parlamento liberal, para pasar a las calles, en sus manifestaciones agresivas. La política de la confrontación, que hoy bien conocemos, nace en esta época, aquella que extrema y acentúa las distancias entre adversarios políticos, discursivamente, componiendo al “otro” como un enemigo. La racionalidad negociadora ahora es despreciada. Los actores sociales se interpelan discursivamente, y desde aquí se construyen.

La participación política ampliada crea actores sociales, no están desde antes como en Italia, pero a su vez ahora les interesa ganar elecciones. Por primera vez alguien se pregunta: ¿para que me voten, para que me crean, qué hay que decir?

El nacionalismo produce un *collage* ideológico: no desarrolla una sola idea, pero toma algo, en retazos, de la atmósfera, como residuos culturales que engarzan el presente con el pasado. Interpretan el ambiente social del momento, sin preocuparse por su coherencia: nacionalismo, antisemitismo, tradición, etcétera. La preocupación es ahora por el lado emotivo y estético de la política, lo visible y los símbolos adquieren entonces real importancia, podríamos decir que cierta religiosidad es sustituida por el patriotismo.

Los tonos y los gestos, los discursos en definitiva, deben tenerse en cuenta por el político-artista, porque esto es lo que espera el receptor-

de la Iglesia al lugar neutral de la escuela en un salto cualitativo. El Estado actúa como partido homogéneo que impone sus candidatos en cada lugar”.

masa. Como sus protagonistas no son defensores acérrimos de una idea, la política es más una modulación, un recorrido que pasa de tonalidad en tonalidad. El liberalismo, el nacionalismo, lo racial, lo democrático se combina residualmente en el caso alemán.

Se observa en comparación que el *partido político*, como estructura de representación política, se alza como menos poder inclusivo horizontal (de los iguales) que el movimiento. Este último, por su espontaneidad y falta de estructura preexistente (ausencia de plataforma y de permanencia en el tiempo más allá de los actos eleccionarios), recepta gente del mismo lado, en comparación con la captación más plural del partido político.

El *movimiento* adquiere una capacidad de adhesión casi mágica, al descubrir las voluntades de la gente pero a la vez peca de desmesurado en su búsqueda de conversión a ultranza. Es por ello más proclive por naturaleza a la necesidad de un conductor.

Es Mosse quien explica el clima circundante a la nacionalización de las masas en Alemania, y detallándolo como un proceso de incorporación ordenada de nuevos protagonistas a la política, pero desde el Estado. Este proceso, a la vez cultural e ideológico, entrelaza la nación a lo popular. Es una lucha antimoderna contra la disolución del individuo en la sociedad civil. Se advierte en la “nueva política” que las masas son polifacéticas, hay un pueblo formado y otra parte que no, por lo que no pueden dividirse aguas entre ilustrados y no. En este contexto, Mosse advierte acerca de que la línea de la política romántica de la segunda mitad del siglo XIX resultó una línea paralela pero también reaccionaria a la Ilustración.

La tesis es que lugares donde el sufragio es limitado, la participación política se da por vía de la movilización de los no representados. El paralelismo, en este sentido, con los populismos latinoamericanos es evidente, sobre todo cuando se habla del peronismo argentino como una forma de ampliación de la participación política.

Así cobra revalorización lo comunitario, lo ya conocido: la sociedad de cuerpos del siglo XVIII. La pertenencia a la nobleza, al señorío, a la Iglesia, a la familia, a la aldea y a la ciudad, que determinan un destino individual *pero en la comunidad*. La novedad es que ahora la *Nación* es la incluyente en el siglo XIX. En este clima se valoriza la *comunidad*,

como la relación cara a cara de iguales, rechazándose a la *sociedad*, como relación entre desiguales, distantes en sus pertenencias de origen. Esta visión de lo social dista de las interpretaciones marxistas que hablan de que los actores sociales se determinan en sus conductas en función de su ubicación en la estructura económica. También se aleja del modelo del liberalismo inglés, al modo descrito por Morgan, en que los individuos se unen entre sí por la voluntad de hacer algo en común, o como dirá Tocqueville, por sus intereses profesionales. Lo cierto es que el siglo XX y XXI, es más rico en asociaciones pero no ya de clases, sino multclasistas.

La sociabilidad política moderna nace informalmente -no en estructuras específicamente políticas- en los clubes sociales, el café, es decir, en lugares de recreación unidos a alguna idea (religiosa, política, de nación, etc.), adquiriendo entonces un costado político, y constituyendo finalmente un nuevo lugar de participación política. En este contexto, las ideas nacionalistas alemanas encarnadas en las asociaciones de gimnastas, de tiro o corales, dan vida a los sentimientos que procuran la unificación alemana. Fueron asociaciones que en la práctica tuvieron gran cantidad de participantes, y surtieron el efecto de aminorar las distancias con el Estado, ya que muchas de ellas fueron absorbidas por él. Fueron asociaciones que dieron importancia a la liturgia, unieron el deporte a la ceremonia grupal, a las fiestas estatales, al festejo por la Nación. Es desde la sociedad civil donde se construye lo político pero con fuerte presencia e iniciativa del Estado.

A diferencia de las experiencias francesas expuestas por Agulhon y Vovelle, donde desde la sociedad civil, desde sus clubes, se ocupaba el lugar de lo político en una suerte de retransmisión al gobernante, aquí aparece una iniciativa hegemónica de los líderes políticos.

En lo gimnástico se traduce también el ideal de belleza (el espíritu alemán que la política debe interpretar en sus ideales arios de proporcionalidad simétrica y el gusto por la simplicidad de las formas), a su vez transmitido a los monumentos y festividades. Asimismo el ideal griego da coherencia hacia el pasado al espíritu alemán.

Lo novedoso del entrecruzamiento alemán entre la Nación y lo popular adquiere una naturalización persistente en la política moderna pos-

terior. Es así como la incorporación de los obreros a esta idea de Nación, ya nunca más pudo ser desprendida totalmente.

El Estilo político o “el tono sostenido”, la actitud, marcan una época, una manera de hacer política, que ya no responde a bases programáticas partidarias. Aquí se desprende la idea de que los valores políticos dependen de los estéticos, y que en definitiva los mensajes políticos penetran desde escenarios montados al efecto. ¡Cuánta actualidad!

La nueva política entiende la historia como una continuidad que es proclive a la adaptación de las tradiciones a lo nuevo. La belleza de los ritos cúltricos (nacidos de la fe) se perciben desde entonces como efectivos para anclar lo *nacional* en la conciencia del pueblo, puesto que *cohesionan* y ordenan, en una unidad jerárquica. Es en esta época donde cobra importancia la palabra hablada más que la escrita, creciendo la propaganda y la manipulación, puesto que ella activa las emociones dejando en un segundo lugar a la política institucional como fuente de legitimidad.

La conclusión, en el final de este recorrido, es que las técnicas de la política de masas ya existían hacia 1933. La apelación al pasado glorioso, a los héroes y a los hechos excepcionales marca la práctica política. Esta preocupación por la belleza sencilla y antibarroca es funcional al ideal unificador intemporal, que puede unir opuestos y finalmente las diversidades del Imperio Austrohúngaro. Se crea la *ficción* (y va otra ficción política), ahora, de la disolución del conflicto mediante la unidad formal. El teatro es el lugar de la unidad con las masas en términos políticos. La importancia del entorno, de cómo se dice, priman. Los altares, la escenografía de la política son el lugar-espacio de la política, en donde el líder interpreta a la masa, activando sus emociones. Ese entorno satisface las aspiraciones de control social por la política, mediante la idealización imaginativa del pasado.

Podríamos decir que el nacionalismo se dirige tanto a las masas oprimidas por el capitalismo como a los aristócratas desposeídos por la burguesía, o sea que resulta un extremismo de clase media.

Las *conclusiones* o hilos conductores que encierran cada uno de los textos abordados hasta aquí, en clave de ampliación de la participación política y la movilización social, podrían pasar por acentuar paulatinamente en un continuo varios conceptos novedosos. Así el valor dado a

la *comunidad de iguales* (Aguilhon), las *mentalidades* como producto de la sociabilidad de Vovelle, las *ficciones políticas* de la representación del pueblo en los discursos en Morgan, la *participación movilizadora* desde el liderazgo político de los autores alemanes. Hay siempre en todas estas líneas una historia de acontecimientos pequeños, domésticos e informales, tomados como incidentes productores de hechos revolucionarios, que devinieron en la ampliación de la participación política en la Europa del siglo XVIII, XIX y principios del XX.

No son las explicaciones mecanicistas centradas en la determinación económica de las superestructuras políticas las que priman en estas interpretaciones históricas. Tampoco se observa una continuidad ideológica única o cerrada en la construcción de lo democrático. Así lo democrático y lo liberal fueron combinándose, y adquirieron alternadamente tintes reaccionarios a la vez que ampliatorios de las formas de participación.

Ya sea desde lo racional o desde lo irracional, la política fue adquiriendo continuamente la necesidad de creación de *ficciones o creencias*, sustituidas o decantadas paulatinamente por las épocas y los localismos. Ya sea construida desde arriba o desde abajo, resultan irremplazables en los modos de conformación de la representación política. Básicamente está en juego la representación a lo largo de todas ellas.

Fuertemente aparece la deuda a la Ilustración: la idea de que todo el mundo puede participar en política. Será el modo inglés, en que la opinión pública nace de los intereses sectoriales legítimos y el egoísmo ordena mientras que el altruismo desordena. Será al modo francés, en que la circulación de las ideas y el debate se legitiman a la luz del interés general.

Vemos cómo heredamos de Francia una forma de hacer política derivada de la *conversación*, que denuncia a los enemigos del pueblo asegurando su virtuosismo como pueblo. En esta línea, Rosanvallon advierte sobre el extremismo en las palabras, pero la reticencia en las prácticas políticas, como el otorgamiento del voto a la mujer recién a mediados del siglo pasado.

Así es, entre el pueblo francés que gobierna o el pueblo inglés que controla, o la tentación irracional por el líder, aún hoy se debate la democracia.